

sangrientos y flecos desmelenados, mientras unos clarines últimos dejarán oír, roncós ya, un estridor lentísimo y profundo. Pero la ciudad está todavía en pie, ahora, recogiendo su última energía, para mantener su gesto altivo, empinada sobre sí misma, agónica, consciente de su grandeza, contempla —Narciso heroico de tres espejos— el rostro lleno de tan nobles y viejas heridas.

»Me corresponde ahora glosar este contenido histórico permanente de nuestra ciudad con referencia a un acontecimiento militar que ha traspuesto todos los linderos de la fama. No me toca recoger aquí el pormenor de la hazaña, diestramente explanado por el orador que me ha precedido, el ilustre historiador gerundense señor Pla Cargol. Me correspondería quizá, por una parte, advertir los reflejos literarios que el acontecimiento produjo; de otra, valorar el significado profundo de la resistencia ejemplar que Gerona ofreció al avance del ejército francés.»

El obligado comentario literario se ceñiría al episodio nacional que don Benito Pérez Galdós dedica al Sitio de Gerona, y se refirió ampliamente a esta novela, y dijo:

«¿Qué significa este grito brutal, este espíritu de resistencia, esa ciudad erizada de bayonetas, esas murallas derrumbadas entre el fragor y la sangre, a 150 años de distancia, qué valor debemos asignarle?

»Señoras y señores, la interpretación de estos episodios no es sencilla; ahí tenemos un pueblo obstinado que lucha hasta morir; esta obstinación, como la violencia del ataque, son síntoma evidente de que no se trata ahora de una simple partida de ajedrez militar, uno y otro bando ponen sobre el pavés algo más que el honor de unas almas. Se trata, claro está, de una guerra ideológica. Y como cuando lo ideológico hace su presencia nos encontramos con una complejidad, bueno será que la expliquemos aunque sea de un modo sumario.

»Las ideas que los soldados franceses llevaban en sus mochilas venían rodando por España hacía bastantes docenas de años; grupos de intelectuales ilustres, como Moratín, como Meléndez, como el propio Goya, sentían la atracción que las nuevas ideas sociales producían. Algunos de ellos sirvieron incluso en la corte del rey intruso, de José Bonaparte. Lllamarlos traidores sería, sin duda, precipitado e injusto, porque ellos creían de buena fe en la conveniencia de un nuevo espíritu.

»Imaginemos por un momento la tortura interior de unas gentes cuya cabeza era francesa, pero cuyo corazón no podía dejar de ser español.

»Pero hay en las colectividades un sentido espe-

cial de captación de las cosas que van por derroteros distintos a los de la inteligencia; hay unas formas supremas de la intuición que conducen a las gentes hacia el sentido exacto de la historia por encima de todas sus apariencias contrarias.

»Hay la santa intransigencia con que los elementos nobles de la sociedad, la Iglesia y las armas, la nobleza y la parte sana del pueblo intuyen cuál debe ser el camino, cuál la obligada actitud. Estas gentes se entregan de una vez, con el corazón entero, a la lucha, y por eso triunfa. Cuando Andresillo Marijuán llega a la ciudad sitiada, oye cantar a los niños de la calle:

*«Digas-me tu Girona
si te m'arrendiras
com vols que me arrendesca
si Espanya no ho vol pas.»*

»Las ideas habían minado sin duda muchas gentes, a las que no sería digno negarle ni el patriotismo ni la buena fe. Pero es evidente que los movimientos populares, en su sana y noble ignorancia ideológica y en su tumultuaria presencia, tuvieron el sentido exacto de los que convenían a la Patria. Hay una gran lección en el estudio de estos movimientos en la apariencia, ciegos y anárquicos, que resultan luego estar poseídos del más profundo y penetrante sentido de la creación histórica. La canalla ciega e impetuosa tenía una vez más razón en los caminos de la historia; por eso el análisis de la Guerra de la Independencia nos da la medida de sagacidad en cuyo entender está el verdadero camino de la salud nacional.

»Por ello frente a la conmemoración que estamos celebrando, nos emociona pensar, desde el sitio que ha sido casa de guerra y hoy casa de Dios, que un espíritu vigilante profundamente conservador de los valores eternos, anida todavía en nuestra masa popular. Y que a la hora de ponerse en juego lo que es radical y fundamental para la conveniencia humana, acaso volveríamos a oír, resonando victoriosamente en nuestros oídos, los cuatro versos de la copla que cantaba Andresillo Marijuán:

*«Digas-me tu Girona
si te m'arrendiras
com vols que me arrendesca
si Espanya no ho vol pas.»*

Por último, entre grandes aplausos del público puesto en pie, que le renovaba su homenaje y cordial adhesión, habló el Teniente General Alonso Vega.